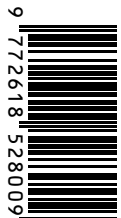


barjillo

En Rosario, el ruido de la cultura

Marzo - Abril 2024
ROSARIO \$2500

Sebastián Vargas



UN LUGAR EN EL MUNDO



LO FUNDARON EN 1923 DOS INMIGRANTES ASTURIANOS EN EL CRUCE ALBERDI: CONCURRÍAN FERROVIARIOS, TAXISTAS Y COLECTIVEROS. EN 2019 DOS HERMANOS ROSARINOS LO RESCATARON Y MANTUVIERON SU IDENTIDAD. EN LA FACHADA BRILLAN HOY LAS LETRAS CHISPEANTES DE NEÓN QUE ANUNCIAN “CAFÉ Y BAR EL ROSARINO”

ENTREVISTA A **SUSANA RUEDA**, MINISTRA DE CULTURA DE SANTA FE / **MARTÍN PRIETO**, EL PROFESOR AGITADOR / LAS CARAS DE **MAURO AGUILAR** / UN POEMA DE **SEBASTIÁN RIESTRA** / LA COLUMNA DE **MIGUEL ROIG**

LA CHIQUI

La primera vez que Susana Rueda vio a María de los Ángeles Chiqui González tenía 17 años. Una Chiqui treintañera dirigía la agrupación teatral Discepolín, constructora de conciencia colectiva en plena dictadura. Los años pasaron y Chiqui fue varias veces secretaria de Cultura de la Municipalidad de Rosario y ministra de Cultura de la provincia en la gestión socialista. Durante todo ese tiempo Rueda se dedicó de lleno al periodismo.

Cuarenta años después, mantiene la admiración que los alumnos les profesan a sus maestros. Y la sororidad que sostiene unidas a muchas mujeres.

-¿Hablás con Chiqui?

-Sí, nos reunimos y nos vamos a seguir reuniendo. Ella me da consejos, me tira ideas. Para mí son oro. Ella piensa en una sociedad que parte desde las infancias y ese es un concepto hermosísimo. Porque cuando vos traés a un niño o una niña a un espacio cultural, traés a toda la familia. Ella tiene un cerebro gigante que piensa en clave de cultura y de acceso a derechos. La cultura como promotora de la convivencia y la alegría. Chiqui puso en marcha el programa “Un día en tu barrio”, que llevaba propuestas artísticas a barriadas urbanas y lograba reunir a muchísimos vecinos. Rueda asegura que en la gestión que le siguió a Chiqui se descuidaron los espacios culturales. “El Museo Julio Marc tiene goteras y el Museo del Deporte tiene agujeros en el techo. La Casa Arijón está completamente deteriorada. Además, todo lo que se había hecho en la sala Lavardén para las infancias está destruido”, describe.

recorrer al máximo toda la provincia. Fijate que en el mapa que tengo en la oficina, voy marcando los lugares donde hemos estado y viendo los que me faltan (N. de la R.: el mapa tiene puntos marcados desde el extremo norte al extremo sur). Estamos estableciendo desde el ministerio las postas culturales. Reunimos a los intendentes en la ciudad cabecera de departamento y escuchamos las necesidades de cada comuna.

-¿Cuál es el lugar de las mujeres en esa construcción?

-Es central. Estamos convencidos de que tenemos que construir una cultura del respeto a las mujeres, una cultura del respeto a la diversidad y una cultura de la nueva masculinidad, sustentada en la igualdad de género.

-El periodismo te enseñó a escuchar... ¿y la política?

-La política me enseñó a contemplar estrategias para obtener objetivos. A ser permeable a las ideas del otro. A darme cuenta de que los partidos políticos no son compartimentos estancos: que se puede construir transversalidad como hicimos ahora con el frente Unidos para cambiar Santa Fe. A que la escucha que había aprendido en el periodismo sirva para construir herramientas conjuntas.

-¿Qué pensás de que tantos periodistas hayan seguido el mismo camino y hoy se dediquen a la política?

-Cuando yo dije que al hacer política salía de mi zona de confort, muchos colegas me criticaron. Pero después hubo colegas que se sumaron a este camino, trabajaron cerca mío y terminaron dándome la razón. Porque cuando hacés periodismo durante años, llega un momento en el que sabés lo que estás haciendo. En cambio, cuando te lanzás a la política te encontrás con escenarios más arduos, más complejos y donde si no tenés humildad no te va bien. Hay que aprender otros mecanismos de diálogo e interacción. Además, si lo hacés con la responsabilidad que la tarea amerita, no es un trabajo, es un estilo de vida 24/7. Me parece muy bien que haya colegas que se dediquen a esto. Es comprometerse con los ideales para cambiarle la vida a la gente.

-¿Cuál es el mensaje para los artistas, que hoy ven su trabajo menospreciado desde distintos sectores políticos?

-El mensaje es claro: los artistas junto con la ciudadanía son los constructores y garantes de que la cultura siga existiendo. Son valiosísimos.

Susana se ceba un mate. Un chico joven, Gino, entra a su despacho. El flamante funcionario lleva zapatillas y piercing. Dialogan sobre una recorrida. Lo popular se impone. La cultura no es elite, parece sugerir en todo momento. Pero no lo dice. Me despido y noto que en el despacho no hay televisores.

MARTÍN PRIETO, POETA, ENSAYISTA Y DOCENTE UNIVERSITARIO

Un rosarinista a bordo de un tren que maneja Juanele

Experto en literatura nacional, una de sus pasiones es la producción literaria de y sobre la ciudad, la que repasa en diálogo con BARULLO. Además se preocupa por la ausencia de crítica y analiza la actitud de los jóvenes frente a la tradición

Por **Alicia Salinas**

Fotos: **Sebastián Vargas**

Doctor en Literatura y Estudios Críticos por la UNR, profesor de Literatura Argentina II, director del Centro de Estudios de Literatura Argentina, Martín Prieto (1961) tiene una vasta trayectoria también fuera de la universidad, como ensayista y poeta. Durante 15 años integró el consejo de redacción del mítico Diario de Poesía, estuvo al frente del Centro Cultural Parque de España, coordinó el Festival Internacional de Poesía de Rosario y pasó por la Editorial Municipal, por citar algunos de sus múltiples roles. No resulta extraño que se considere antes que académico un agitador cultural, ya desde la cátedra donde la literatura nacional equivale a una conversación familiar -de textos y autores entre sí-, ya como organizador más allá de los límites de la Facultad de Humanidades de La ciudad que yo inventé. Estas jornadas indagan en la producción de y sobre Rosario, una de las pasiones de quien se define como “rosarinista”. Rechaza de plano que exista una lit-

eratura local pero reconoce una del Litoral, cuyo centro sigue siendo el entrerriano Juan L. Ortiz, idea que le viene de su admirado Juan José Saer. Años atrás estuvo a bordo del mismo tren que éste tomaba para ir de París a la Bretaña, y en el que en su época viajaron Ricardo Rojas y Rubén Darío, por lo que comenzó a investigar hasta reparar en un gesto de generosidad del nicaragüense, quien le prestó a Rojas una sombrilla para caminar por la playa. En el ensayo Un enorme parasol de tela verde (Eduner, 2023) plantea que “toda la literatura argentina del siglo XX y del XXI se escribe a la sombra de la obra de Rubén Darío”. Para que no queden dudas luego dirá que Darío, nacido en Nicaragua, es la figura principal de las letras argentinas. Por eso naturalmente también está Juanele, el maquinista de nuestra locomotora...

-Poeta, investigador, docente, gestor, ensayista, crítico, periodista. ¿Te reconocés en estos oficios?

-En todos. Muchas de esas actividades se vinculan con lo que ahora se llama gestión cultural, cuya profesionalización me resulta un poco exagerada. Cuando sacábamos el Diario de Poesía, una tarea de periodismo cultural, también se organizaban concursos y lecturas, salían un montón de libros, y hasta la forma en que se publicaba el Diario era gestión cultural. En la Facultad nuestros programas surgen de investigaciones sobre la literatura argentina de los siglos XX y XXI. Incluso las tareas del Centro de Estudios cuando organizamos las jornadas sobre literatura argentina en Rosario -no literatura rosarina sino la que se escribe, se lee, se produce, se distribuye o tiene como escenario a la ciudad-. Siempre me siento el mismo, no hoy profesor, mañana investigador y luego gestor cultural. Y así fue desde que empecé en la universidad, muy joven, como ayudante de María Teresa Gramuglio. Ya a principios de la democracia organizamos la jornada Los poetas y

sus poéticas, donde invitamos a autores rosarinos a leer y a presentar, teóricamente, sus textos. Estaban Jorge Isaías, Carlitos Piccioni, los poetas que admirábamos cuando empezamos a leer literatura a los 18, 19 años. El otro día una amiga encontró una foto de la presentación de 1980 en el Centro de Arquitectos, con pintores y poetas, Arte joven y a quién le importa. Eso que había olvidado es como un germen de escribir, estudiar y moverla todo el tiempo, organizando ciclos y lecturas, saliendo de la universidad. Una vez María Teresa me dijo: “En la universidad contra la universidad”. Me gusta mucho eso, estudiar y tener una interlocución con los jóvenes estudiantes de Letras, pero también ir un poco en contra de la pompa academicista. La ciudad que yo inventé, por ejemplo, se ha hecho en la biblioteca Vigil y en la Alfonsina Storni. Para ver si hay otros públicos y salir del pesado ámbito de la calle Entre Ríos.

-¿Es conflictiva la relación entre academia y ciudad?

-Para mí no. Hay una tensión, una idea bastante idiota –esa es la palabra– de algunos escritores que necesitan ser reconocidos por la universidad. Y la universidad es un ámbito de reconocimiento posible para la obra, no el único, también lo son los medios de comunicación y los lectores. Pocos autores logran una legitimación simultánea del público elitista de minorías y el masivo, que son dos públicos diferentes y diferenciados, los medios, la universidad, los pares. Un escritor de escritores, un escritor de gran público, uno de público de minorías, un escritor de universidad.

-En los medios hay cada vez menos espacio para la crítica...

-Totalmente. Un espacio superimportante de difusión de obra, de



crítica, se perdió en los diarios locales y nacionales, un espacio de reseñas bibliográficas como el que había en El Ciudadano cuando teníamos (el suplemento) Grandes Líneas. Además la reseña como espacio crítico, no en el que se convirtió ahora, que sólo se publica: “Me encantó, me encantó, me encantó”. Parece ser el signo de la época. ¿Cómo te va a encantar todo? ¿Cómo te va a encantar un libro por semana? Hay grandes momentos en la historia de la literatura argentina y del periodismo cultural, desde las reseñas que publicaba Borges en la revista Sur en adelante, a Babel en su momento, Diario de Poesía, muchos diarios de tiradas importantes. Una

tradición en la que sería bueno los periodistas culturales se apoyaran. Hoy todo me parece, salvo algunas excepciones y reseñas lindas, una especie de contratapismo alabatorio del libro que se comenta.

-¿Cómo es tu trabajo como profesor titular de Literatura Argentina II?

-Damos desde Horacio Quiroga y las vanguardias hasta autores más o menos contemporáneos. La última unidad este año fue César Aira, otros años Martín Gambarotta, Fernanda Laguna. Siempre debe haber una perspectiva histórica. En el presente puro es muy difícil valorar una obra,

que muchas veces no está acompañada por la crítica. Tratamos de cambiar cada año ese autor nuevo del programa y en ese sentido los auxiliares jóvenes de la cátedra presionan. Estamos todo el tiempo leyendo. Lo que leímos, las evaluaciones sobre autores que nos gustan pero no funcionaron –a los alumnos no les interesó, nadie preparó ese tema para un examen– son cosas que valoramos, como que muchos de nuestros alumnos van a ser, o ya son, profesores de enseñanza media. Ahí hay una combinación de la utilidad y del interés, de lo bello y de lo útil. Queremos dar Roberto Arlt, por supuesto, pero hay que pensar si conviene El juguete

rabioso, que posiblemente se ve en la secundaria, antes que *Los siete locos* o *Los lanzallamas*. Estas discusiones arman un programa sobre cómo se relacionan los textos entre sí, la obra de Saer con la de Juanele, la de Borges, la de Arlt, hacia atrás. Y hacia adelante con la de Gambarotta o la de Sergio Raimondi, si introducimos a Raimondi al programa. Cómo se arma esa gran familia de la literatura argentina.

-No es un muestrario de autores, lo ven en términos de proceso.

-Tal cual. Que puedas armar una línea. Armamos durante un año una

línea de Alfonsina Storni a Juana Bignozzi, de Bignozzi a Fernanda Laguna. No solamente Juana insular, Alfonsina insular, Fernanda insular, sino una conversación. Siempre en ese proceso que está en movimiento, contactando el pasado con el futuro y viceversa, y todo a su vez con nuestro presente de la literatura argentina.

-¿La literatura rosarina se puede pensar en términos de proceso?

-Se realizaron intentos, que no voy a evaluar, de historias de la literatura rosarina en la que te ves obligado a someterte a la periodización de la literatura argentina. Es decir, vanguardia, modernismo, posmodernismo, los años 60, realismo. Movimientos que interpelan a la literatura argentina en general. Por lo tanto, podés pensar cómo funciona la literatura argentina en Rosario, no una literatura rosarina en términos absolutos. Porque no existe. Existen grandes escritores que forman parte de la gran literatura argentina. Y fenómenos que también me interesan mucho como rosarinista.

-Nunca había escuchado esa palabra.

-Soy super-rosarinista: decidí vivir, dar clases, trabajar, tener mis hijos acá. La mía es simplemente una mirada con una distancia crítica. Me interesa, por ejemplo, Rosario como escenario. Con Nora Avaro y Pedro Cantini, cuando estuvimos en la EMR hicimos *Rosario ilustrada, una guía literaria de la ciudad*. Un libro precioso porque le da un enorme peso simbólico a la ciudad. Está el Rosario Norte de Borges. La Bola de Nieve de Angélica Gorodischer. El bar de Paco Urondo. Raymond Carver en el Jockey Club. Graham Greene con el libro *Viajes con mi tía*, que paran en un momento en el puerto de Rosario, rumbo a Paraguay. Me interesa la lit-

eratura que se escribe acá y muchas veces las editoriales rosarinas tienen la responsabilidad de que se conozca. En la EMR hicimos un libro sobre Emilia Bertolé, más conocida como artista plástica que como poeta, que va por una segunda o tercera edición. Seleccionábamos qué títulos iban a formar parte de lo que se llamaba la colección mayor o también Los Gordos, que son Arturo Fruttero, Aldo Oliva, Francisco Gandolfo, Bertolé, Irma Peirano. Participé en la selección de casi todos.

-¿Era una deuda que tenía la ciudad?

-Creo que los tiempos mandan más que en la idea de deuda. Hay cosas que caen por su propio peso. A lo mejor hacer esas obras completas antes hubiera sido fuera de tiempo. Porque tenía que haber una editorial funcionando, con distribución y plata para imprimir los libros en imprentas dignas, que ganaran las correspondientes licitaciones. Cuando Elvio Gandolfo desde la Editorial Municipal decide hacer (Felipe) Aldana y Fruttero, también tiene que ver con una generación. Los lagrimales, en los 70, Eduardo D'Anna entre ellos, leen por primera vez a los autores de los años 40 y dicen: "Acá hay antecedentes nuestros". Nuestros antecedentes no son solamente los poetas mexicanos, ni la revista El Corno Emplumado, ni la generación del 70, ni los beats norteamericanos, sino también los autores de Rosario. Y salen esas primeras ediciones, la editorial IEN (Instituto de Estudios Nacionales) saca la primera edición de Aldana. Eso va armando un tejido.

-En la apertura de la última Feria del Libro de Rosario, Selva Almada sostuvo que está perimido el concepto de centro y periferia. ¿Acordás?

-Saer en un reportaje dice: "El centro

de una literatura no es adonde están los críticos literarios ni los medios ni los periodistas ni las editoriales. Está donde está su máximo escritor. Cuando yo escribía, el centro de la literatura argentina estaba en Paraná, porque ahí estaba Juanele". Una idea preciosa. Además efectivamente los escritores iban a verlo a Juan L. Ortiz: todo el grupo de Poesía de Buenos Aires, Saer, en los años 70 César Aira, Tamara Kamenszain, Héctor Libertella, lo que indica una fuerza centrípeta. Iban de Santa Fe, que era más fácil, y de Rosario. Un poema hermoso de Francisco Gandolfo invita a los amigos a subirse a una alfombra voladora para visitar a Juan L. Ortiz.

-Tampoco él se movía...

-Era un rey sentado en su trono, en el parque Urquiiza mirando al Paraná. Me contaba Isaías que si llegaba un visitante y se sentaba de espaldas al río, Juanele le decía: "No lo ofenda, por favor". Y lo obligaba a sentarse de cara al río. Así que no estoy del todo en desacuerdo con Selva -aunque se fue a vivir a Buenos Aires, puso su editorial y publica allá-. Hoy pueden pensarse varias historias de la literatura argentina con centros alrededor, centros que siempre los dan los grandes escritores. Sí podemos pensar una literatura, no diría de Rosario, del Litoral, que involucra a Juanele, a (Carlos) Mastronardi, a Saer, a Paco Urondo, a los lagrimales, a los cachimbas, es porque la figura de Juanele concentra una historia que se arma a su alrededor y dura 60 o 70 años. No es una obra terminada, claro, es una obra viva, que todavía interpela a los lectores, a los críticos, a los escritores de poesía argentina.

-¿Hay también otras literaturas en el país?

-No me gusta esa idea hasta que se

demuestre lo contrario. ¿Y quién demuestra lo contrario? El que la escribe. Se han hecho colecciones: la literatura del Noroeste, de la región centro, patagónica. Me deprime. Porque primero debe existir ese autor que concentre a lo largo de años una fuerza, lo que diría Harold Bloom, un autor fuerte, un autor faro que difumine la potencia de su obra y de su literatura hacia el futuro y hacia el pasado. ¿Qué es Juanele? Es Rubén Darío, es Leopoldo Lugones, es Mastronardi en términos contemporáneos, y es hacia el futuro un montón. Es Saer, pero no solamente, es los poetas neobarrocos, Arturo Carrera, Néstor Perlongher, Kamenszain. Y los poetas contemporáneos que vinieron después de esa generación de neobarrocos y de objetivistas, que fuimos todos sus lectores.

-Se oponían entre comillas, pero todos leían a Juanele.

-Exactamente, la disputa en los años 80 y 90 entre objetivistas y neobarrocos, que ya forma parte de las grandes polémicas de la literatura argentina del siglo XX, pierde potencia cuando ves que había muchos autores comunes, entre ellos Juanele. Un autor con la fuerza de propiciar tradiciones antagónicas.

-Estás en contacto permanente con jóvenes. ¿Cómo ves la relación lectura-juventud?

-Creo que los jóvenes se leen sobre todo a sí mismos. Si un joven poeta hace una lectura en un bar se concentra una gran cantidad de público que no habría si viniese a Rosario Miguel Ángel Petrecca, para mí un superpoeta, o Martín Rodríguez, por ejemplo. ¿Qué va a salir de eso? No sé. Sé que hay un ejército de poetas y muchos están en la Facultad. Me alegra que muchos de los poetas publicados en los premios Aldana, etcétera, pasaron por nuestra cátedra,



leyeron a Juanele, a Bignozzi, a Leónidas Lamborghini en esa formación. Una formación no sólo de profesores, también de escritores.

-Lo que relatás de obviar la tradición no se vio en otras generaciones.

-Hay un mundo de comunicación, la comunicación en redes, que arma comunidad. Esa comunidad y sus razones son todavía un poco indefinibles. Es evidente que propicia que haya lecturas de poetas jóvenes que atraen a una cantidad de público de protoescritores y subescritores, y de escritores también. Como una reunión generacional. No digo que me gusta ni que no me gusta. Lo veo como un fenómeno.

-¿Leerán a Juanele?

-No sabemos qué leen, creo que se leen sobre todo entre ellos. No me parece mal. Harold Bloom, siguiendo a San Valentín, que dice “Dichosos los que están en el Padre sin conocerlo”, lo interpreta en relación a Shakespeare: todo escritor en lengua inglesa, por más que no haya leído a Shakespeare, está incluido en Shakespeare. Y yo digo de la poesía argentina contemporánea: “Dichosos los que están en Juanele, aun si no lo hayan leído, están incluidos en su obra igual”. Porque la ramificación de su obra es tan impresionante, que si leyeron a Gambarotta, leyeron también a Saer y, por lo tanto, a Juanele, por más que sólo hayan leído *Punctum*. Es mi idea sobre cómo se arma una tradición literaria.

-Si la tradición literaria se relaciona con fenómenos sociales, políticos, históricos, ¿el ascenso de la ultraderecha puede provocar cambios en las escrituras?

-Me parece prematuro pensar qué pasará en términos culturales. Sí

podemos pensar que durante la dictadura se escribieron *Respiración artificial* en Buenos Aires y *Nadie, nada, nunca* en Francia. *Cadáveres*, de Perlongher. Libros superimportantes se escribieron bajo un régimen dictatorial y sus proyecciones, incluso hacia afuera, porque afuera no estaban de vacaciones. Los poetas de los años noventa, como decía Mirta Rosenberg, la generación de más larga duración de la literatura argentina, se forjaron bajo el imperio y la presión del gobierno menemista. Si tuviera que augurar algo, pienso que se darán lazos de aproximación entre poetas, escritores y editores, más potentes de los que existen ahora, que ya son potentes.

-Lo pensaba en términos de hipótesis.

-Hay cosas que están pasando ahora en la literatura argentina que no conocemos. Leí La voluntad, de Petrecca, el poeta argentino que vive en China. Yo había leído un libro anterior, una especie de crónica sobre París. Me gustó mucho y me prestaron La voluntad, que salió hace como diez años. Es extraordinario. Entonces hace diez años estaba pasando este libro y no me di cuenta. Lo publicó Bajo la Luna, no una editorial ignota de un pueblo de Uruguay, en un catálogo precioso de poemas. Si se me pasó a pesar de que soy profesor e historiador, ¿qué se me está escapando ahora? ¿Qué puedo proyectar de lo que pasará con el futuro de la literatura argentina? No lo sabemos. Por eso decía que los tiempos mandan. ¿Cuánto le costó a la obra de Juanele tener un público más grande de sus ediciones de autor? Recién en 1970 se publica la edición de la Vigila y en el 96 su obra completa por la UNL. Hace 30 años Saer se leía en la revista Punto de Vista, en Diario de Poesía, en un círculo de profesores y escritores. Hoy

decís: “Te traje el regalo de Navidad, *Glosa*” y te contestan: “Qué bueno, no lo tenía”. De repente Saer es un signo compartido.

-¿Saer es el autor que más admirás? ¿Tenés alguno que más admires?

-Tengo autores que leo mucho. A Saer, a Fernando Pessoa, a Rubén Darío. Rubén Darío me parece la figura principal de la literatura argentina siendo nicaragüense. Porque en eso que decía de los maestros, todos están en Juanele, pero Juanele está en Rubén Darío. Sus crónicas son excepcionales, los prólogos a sus libros de poemas, sus poemas, la figura de él me encanta, el nicaragüense que se va colando como desprovisto de nacionalidad, porque así era hace cien años. No la Nicaragua que uno reconoce rápidamente como un lugar de poetas, entre otras cosas por él, de Ernesto Cardenal y todos los grandes escritores nicaragüenses del siglo XX. Cuando Rubén Darío empezó a escribir no había grandes escritores nicaragüenses del siglo XIX. Con esa nacionalidad desprovista de pátina poética llega a Chile, a Argentina, a España, sólo con su talento.

Si hay un genio en la literatura argentina, porque Argentina fue muy importante para la difusión de su obra y por las proyecciones de esa obra en nuestra literatura, es Rubén Darío.

-¿Das talleres?

-No, di taller una vez y espero que los pocos alumnos que tuve no lo recuerden. Tal vez mi propia condición de profesor me generaba una especie de horror al vacío y no escuchaba bien. El gran tallerista, el gran coordinador de lecturas, sabe escuchar callado hasta que le reveles una verdad. Yo hablaba, hablaba, terminaba agotado. No me sentí dotado como otros, por ejemplo el famoso taller de Laisecca o el de Daniel García Helder y Ar-

turo Carrera en Buenos Aires, por el que pasaron Gambarotta, Alejandro Rubio, Marina Mariasch, Santiago Llach, Washington Cucurto. Arturo y Daniel se ve que sabían acompañar esas obras. Y yo no tengo ese talento, ese don, esa gracia.

-Preferís seguir el programa.

-Me siento más amparado en el contexto de la literatura argentina de los siglos XX y XXI. De todos modos no es un programa dado sino que lo armamos.

-Y además está en mutación por las lecturas que hacen, por vaivenes institucionales...

-Inclusive por la escucha de los alumnos. Nosotros dimos algunas veces poemas de Alfonsina Storni y no pasó nada. Y hace dos años la clase era un infierno de todo lo que propiciaba, 2018 mediante, su obra. También somos sensibles a eso. Si tenés un grupo de alumnos y alumnas enarbolando un pañuelo verde, Bignozzi, Storni y Laguna se leen mejor. Porque interpelan más. Si encima a eso lo ponés en cotejo con las crónicas de Arlt y ves cómo los dos estaban escribiendo lo mismo en el mismo momento, a qué público se dirigían, cuál era la figura de la mujer, la idea del matrimonio, también te arma una conversación.

-Hablemos de tu obra. Acabás de publicar *Un enorme parasol de tela verde*.

-Es un libro de ensayos que publiqué en la editorial de la Universidad de Entre Ríos, en una colección cuyo primer título fue una selección de ensayos de Gramuglio y luego esta mía, que prologó Raimondi. Ahora saldrá una de Analía Capdevila, prologada por Sandra Contreras. Es decir, muchos rosarinos haciendo literatura argentina. Al ensayo que da nombre al libro lo escribí a partir de una

serie de coincidencias. Leyendo un poema de Saer descubro algo que ya sabía pero no me había dado cuenta: Ricardo Rojas, el primer historiador de la literatura argentina, y Rubén Darío tuvieron una amistad cuando se encontraron en la Bretaña francesa. Darío viaja a la Bretaña y Rojas toma el mismo tren desde París para visitarlo. Saer tomaba ese tren cada quince días para ir a dar clases, y yo también lo tomé una vez que me invitaron a la Universidad de Lorient. Entonces me acordé del poema de Saer Rubén en Santiago, volví a leerlo y empecé a investigar. Rojas visita a Darío en Bretaña, en una residencia de artistas. Están unos días juntos y una mañana le dice: “Voy a ir a misa”, y le pregunta si lo quiere acompañar. Darío le dice que tiene calor, que no quiere, pero le presta un parasol. La imagen me parece extraordinaria: Rojas camina por la playa rumbo a misa, cubierto por un enorme parasol de tela verde. Mi idea es que todos nosotros, toda la literatura argentina del siglo XX y del siglo XXI, se escribe bajo ese enorme parasol de tela verde. Todos escribimos amparados, a la sombra, de la obra de Rubén Darío.

-Aunque no esté físicamente a nuestro lado.

-Tal cual. Incluso si no lo hayan leído: si lees a Alfonsina o a Borges estás leyendo a Rubén Darío. Siempre es mejor si lo lees, pero el sistema de mediaciones con respecto a la obra de Darío es tan impresionante que lo estás leyendo todo el tiempo.

-¿Cómo sigue tu trabajo ensayístico?

-Estuve escribiendo unas columnas en la revista que dirige Martín Rodríguez, Panamá. Una combinación rara entre crítica literaria, sobre todo poética, y autobiografía, recuerdos de lectura, relaciones entre libros leídos.

Armé un libro con esas columnas, más de veinte, que se llama Un poema pegado en la heladera, y va a publicar Blatt & Ríos. Para la misma editorial empiezo a escribir una historia de la poesía argentina. Es mi próxima tarea y me entusiasma un montón. Escribir esa historia de cien años de poesía argentina, entre Rubén Darío e internet. Digamos, 1896-1996. Es tan nuevo lo que pasa a partir de las redes, que reclama una distancia que todavía no tengo.

-¿Habrá una nueva edición de *La ciudad que yo inventé*?

-Supuestamente sí y ojalá. Son muy lindas las jornadas por el recorte temático, en los congresos literarios cada cual muestra lo que está haciendo y es difícil establecer conversación. La ciudad que yo inventé es una aposición de Rosario, una frase que Saer le dice en una entrevista a Gastón Bozzano, medio para provocar. Cuando escribía su obra y pensaba en una ciudad, si bien tenía las coordenadas de Santa Fe, pensaba en Rosario, porque fue la primera gran ciudad que conoció, con kioscos llenos de golosinas y colores, autos. Cuando lo traían de Serodino a visitar a sus tíos, para él Rosario era París. Por eso dice: “A esa ciudad la inventé yo, simbólicamente”. A partir de allí armamos las jornadas cuyo asunto es Rosario.

-También muchos investigadores ponen el ojo ahí.

-Un fenómeno nuevo: revistas y autores son tema de investigación de la universidad como emergencias de la literatura argentina en Rosario. Y eso propicia, porque una tesis necesita de un director y de un jurado que conozca las obras para poder evaluar. Un pie para que los autores rosarinos del pasado y del presente también dialoguen entre sí, para que la ciudad sea un tema (literario) de conversación...